

# Orlando Fals Borda, ciencia y compromiso<sup>1</sup>

Gonzalo Cataño / Universidad Externado de Colombia

## Resumen

Este ensayo presenta las grandes etapas del desarrollo del pensamiento del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Pone especial énfasis en el compromiso del intelectual con los problemas de su sociedad. Subraya la estrategia metodológica llamada investigación-acción: los resultados de la pesquisa social como fuente de conciencia y orientación de la acción de los grupos populares. A esta estrategia está unida la noción de “subversión”, definida como programas de transformación impulsados por grupos y agentes sociales estratégicos. Ofrece finalmente un balance del pensamiento político del renombrado sociólogo.

**Palabras clave:** Fals Borda, conciencia social, compromiso del intelectual, Investigación-acción, anarquismo, justicia, subversión y cambio social.

## Abstract

This essay presents the stages in the evolution of the thought of the Colombian sociologist Orlando Fals Borda. It emphasizes the intellectual's commitment to his society and its problems. It underlines the methodological strategy that Fals called 'investigation-action': in that strategy, the results of a societal investigation become the source of conscience and, in turn, orient the action of groups from the lower strata. Added to this strategy is the notion of subversion, defined as programs of social transformation instituted by the social groups in question. Finally, the essay assesses the political thought of this renowned sociologist.

**Key words:** Fals Borda, social conscience, committed intellectuals, 'investigation-action, anarchism, justice, subversion and social change.

Orlando Fals Borda fue el sociólogo colombiano *par excellence* y nuestro pensador social de mayor reconocimiento en el escenario internacional. Fundó el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional en 1959, donde se formaron los primeros sociólogos que hicieron que la ciencia de Auguste Comte no fuera en Colombia un proyecto sino una verdadera realización. Nació en Barranquilla el 11 de julio de 1925 en el seno de una familia presbiteriana de clase media, y murió en Bogotá el 12 de agosto de 2008 a los 83 años de edad, colmado de honores y con el reconocimiento de la comunidad científica nacional e internacional.

## Por una sociología científica

La variada producción intelectual de Fals –escrita durante 60 años de actividad ininterrumpida– se puede ordenar en tres

grandes etapas. La primera, que cubre los años cincuenta y el lustro inicial de la década de los sesenta, está vinculada con sus estudios de sociología en Estados Unidos y con la creación de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Su rasgo dominante es la afirmación de una ciencia social rigurosa, empírica y teóricamente significativa. Hay aquí un especial cuidado por la objetividad y por el uso combinado de técnicas y métodos de investigación empírica, además de un particular interés por el potencial aplicado de la sociología a los problemas del país. Su expresión más acabada se encuentra en dos estudios de sociología rural redactados para cumplir sendas obligaciones académicas: *Campesinos de los Andes* (1955), su tesis de Magíster en la Universidad de Minnesota, y *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957), su disertación doctoral en la Universidad de la Florida. En estas obras tempranas, que para algunos críticos constituyen lo mejor de su obra por su diligencia teórica y empírica, Fals trazó un agudo retrato de los modos de vida del campesino cundi-boyacense. Estudió su pasado, su hábitat, su cultura y sus nacientes vínculos con la rutilante sociedad urbano-industrial. Aquella singular combinación de la perspectiva sociológica con la histórica y la antropológica elevó su nombre al pináculo de la ciencia social latinoamericana cuando apenas cumplía treinta años de edad. El volumen de 1955, publicado originalmente en inglés por University of Florida Press, recibió los más entusiastas aplausos de reconocidos latinoamericanistas, como el antropólogo Eric Wolf, el geógrafo James J. Parsons y el sociólogo T. Lynn Smith.

Estas destrezas teóricas y empíricas las había recibido en Minnesota de manos de Lowry Nelson (1893-1986), un líder de la sociología rural norteamericana con estudios en agronomía. Después de terminar la maestría, Fals fue a Florida en busca del doctorado. Allí recibió clases de Thomas Lynn Smith, autor de varios trabajos sobre Colombia, Brasil y México. A Smith se lo conocía en Colombia desde 1944 por una monografía sobre el municipio de Tabio, que animó la sociología rural en el país y allanó el camino de su joven y talentoso estudiante (Smith et al. 1944).

Además de la calidad académica de sus primeros libros, el temprano éxito de Fals estuvo asociado a una característica permanente de su obra: el estudio de temáticas socialmente relevantes. En un tiempo en que la reforma agraria y la discusión de la situación de la población campesina estaban a la orden del día en América Latina, sus intereses de investigación se fijaron en la pobreza rural, en los ofensivos sistemas de tenencia de la tierra y en los sistemas de valores de los grupos tradicionales resistentes al cambio. Su intención era mostrar que la sociología y sus procedimientos de investigación podían aclarar situaciones complejas y proponer soluciones a los problemas sociales. La ciencia estudiaba la realidad con instrumentos objetivos y la difusión de sus resultados podía promover una conciencia de las dificultades en los grupos políticos con influencia y capacidad

decisoria. No en vano la tesis de doctorado sobre la tenencia de la tierra en Boyacá llevaba el atractivo subtítulo: “Bases socio-históricas para una reforma agraria”.

En los años que siguieron a sus estudios de postgrado, Fals dedicó sus energías a la fundación de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, que –siguiendo el ejemplo de las universidades norteamericanas– poco después se convirtió en Departamento. Quería transmitir sus experiencias y crear una comunidad de investigadores sobre fundamentos estables. El “Informe Le Bret”, elaborado por la Misión Economía y Humanismo (1958, 366), había recomendado poco antes la formación de expertos “que conozcan las técnicas recientes de análisis sociológico practicadas en Europa y en los Estados Unidos, con capacidad de adaptarlas a la realidad colombiana”. Fals tomó como suya esta recomendación y en 1959 comprometió a las autoridades de la Universidad Nacional para abrir estudios de sociología, esfuerzo que tuvo su asiento inicial en la Facultad de Ciencias Económicas. Para las tareas docentes reclutó al inolvidable Camilo Torres y a varios egresados de la desaparecida Escuela Normal Superior de Bogotá, la institución que 25 años atrás había emprendido el primer intento moderno de formación de científicos sociales en el país. Pero Fals no se limitó a emplear los recursos que ofrecía el medio. Su prestigio hizo que varios analistas extranjeros se vincularan al proyecto en calidad de profesores visitantes. Todos ellos, nacionales y extranjeros, contribuyeron a crear en la novísima escuela de sociología de aquellos días un clima de apertura y pluralismo intelectual poco frecuente en las universidades de América Latina. Y no obstante las dificultades políticas de la época, rápidamente se afirmó como el principal centro formativo de los sociólogos colombianos.

Al lado de estas labores organizativas, Fals no se olvidó de sus trabajos académicos. Sabía bien que profesor y departamento de ciencias sociales que no haga investigación carece de legitimidad para exigírsela a sus estudiantes. Junto a sus tareas administrativas emprendió investigaciones sobre la violencia, la educación, la modernización y la acción comunal, que difundió en la colección “Monografías Sociológicas”, órgano oficial de la Facultad. El esfuerzo de mayor resonancia en estas tareas fue la publicación de la obra colectiva *La violencia en Colombia*, que inauguró en el país una temática de larga duración. Y con ayuda de los colegas y de su colaborador más cercano, Camilo Torres, fundó la Asociación Colombiana de Sociología para promover el encuentro y las publicaciones de los sociólogos. Por aquellos años la Asociación tuvo a su cargo la dirección del VII Congreso Latinoamericano de Sociología (julio de 1964) y la organización del I y del II Congreso Nacional de Sociología que se realizaron en Bogotá en 1963 y 1967.

### Por una sociología comprometida

Pero a mediados de los sesenta los intereses intelectuales de Fals tomaron un rumbo diferente. Eran los años dorados del Frente Nacional, en que los partidos tradicionales disfrutaban paritariamente del aparato del Estado y olvidaban sus viejas rencillas políticas y burocráticas. Liberales y conservadores se repartieron la administración pública (los ministerios, las gobernaciones y las alcaldías) para serenar las fuentes de la disensión social, y con esta “paz” confundieron la alianza entre

los partidos con el consenso nacional. No eran conscientes, sin embargo, de que dejaban por fuera a los campesinos, a sectores enteros de la clase obrera y a los estratos medios vinculados con la universidad, grupos que respiraban nuevos aires provenientes del exterior. El movimiento estudiantil explotó con todo su vigor agitacional y en las áreas rurales las asociaciones campesinas se fortalecieron y la lucha guerrillera –muy cercana al partido liberal en las décadas anteriores– dejó atrás sus antiguos nichos ideológicos para seguir el ejemplo de la Revolución Cubana.

Mientras que su amigo Camilo Torres abandonó la Universidad para integrarse al movimiento guerrillero, encontrando la muerte a la temprana edad de 37 años, Fals continuó en el mundo académico. Pero él también cambió: afirmó un nuevo énfasis, la “sociología comprometida”, que le ocupó los últimos años de la década de los sesenta y los primeros años de los setenta. Esta segunda etapa se inició con *La subversión en Colombia, visión del cambio social en la historia* (1967), donde examinó las frustraciones de los movimientos sociales y la capacidad del Estado colombiano para disipar las demandas de los sectores populares. *La subversión* era un trabajo de sociología viva, sobre la marcha, referido a los acontecimientos mismos, que captaba las “lecciones del pasado” para comprender el presente y orientar el futuro. En sus capítulos planteó el compromiso del investigador con sus temas de estudio, exigencia que lo llevó a revisar los presupuestos epistemológicos de sus anteriores obras fundadas en la objetividad y la sociología libre de valores. A su juicio, todo analista interesado en los procesos, aquellos que implican finalidad y propósito, pronto descubre que la noción de neutralidad se disuelve en la mente hasta volverse un predicado vacío. Y aún más, en los países en desarrollo como Colombia, el sociólogo no puede evadir las valoraciones: los sectores empobrecidos esperan de él un diagnóstico de la sociedad en transición y una elección de la mejor vía para alcanzar los anhelos de igualdad y justicia sociales.

*La subversión*, un volumen de 300 páginas, dedicado a su amigo Camilo Torres y al político liberal Otto Morales Benítez, fue redactado con premura. Y a pesar de que su prosa era pesada hasta abatir al lector, pronto se agotó y Fals sacó una segunda edición –“revisada, ampliada y puesta al día”, en un tono más radical – con el título de *Subversión y cambio social* (1968), ahora sin el nombre de Morales Benítez en la dedicatoria. A pesar de este éxito inicial, sus postulados sólo lograron alguna atención cuando la editorial Siglo XXI de México difundió *Las revoluciones inconclusas de América Latina* (1968), síntesis que contenía una exposición llana, popular y directa de sus tesis. La obra superó los marcos hispanoamericanos con la publicación de una versión inglesa en las prensas de Columbia University Press de Nueva York, *Subversion and Social Change in Colombia* (1969), muy consultada por los analistas anglosajones interesados en los países latinoamericanos. Cabe recordar que en las páginas de *La subversión* se encuentra la mejor exposición de su pensamiento político y el desarrollo más completo de sus reflexiones sobre el poder, el Estado, las clases dirigentes y el alcance de los movimientos sociales.

En esta etapa de su pensamiento Fals también buscó un fundamento institucional y académico. Su capacidad organizativa lo condujo a crear el Programa Latinoamericano para el Desarrollo (PLEDES), una maestría adjunta a la Facultad de Sociología para

formar especialistas en el campo de las transformaciones socio-culturales. Ahora su pensamiento comenzaba a impregnarse de latinoamericanismo, una tradición donde la noción de neutralidad ética y política tenía pocos adeptos. Su formación anglosajona fue quedando atrás y su acercamiento a las contribuciones de la sociología latinoamericana, muy sensible por aquellos años al marxismo, lo llevaron a enjuiciar el colonialismo intelectual, a insistir en una “ciencia propia” (una disciplina que diera cuenta de los problemas de la región) y a subrayar el compromiso del intelectual con el desarrollo y el bienestar de la mayoría de la población. La noción de “subversión” fue muy afín a este proyecto y ahora se la definió como equivalente a programas de transformación impulsados por grupos y agentes sociales estratégicos. El PLEDES, que duró cinco años, de 1964 a 1969, se convirtió en el esfuerzo institucional más conspicuo del país por estudiar los aportes de la sociología latinoamericana de la época.

En América Latina la idea del compromiso del intelectual era muy popular entre los escritores, especialmente bajo el influjo de Jean-Paul Sartre, pero Fals le dio un tono particular hasta enriquecer su significado. Se dedicó a formalizar el modelo de una sociología comprometida y para ello escribió varios ensayos que reunió en *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970), un pequeño volumen donde examinaba las relaciones entre ciencia y política y entre sociología y práctica social. En esos textos llevaba su compromiso más allá de la mera comprensión y difusión de los problemas y necesidades del “pueblo”. Como investigador, deseaba conocer la vida de las comunidades mediante entrevistas, observaciones directas y consulta de archivos históricos, pero, a diferencia del pasado, ahora pensaba que los resultados de la investigación debían retornar a las personas y comunidades que los habían producido. El investigador era sólo un mediador para ayudar a aflorar el pasado, las tradiciones más queridas y las luchas y experiencias que en otros tiempos promovieron la afirmación y el progreso del grupo. Su informe *El reformismo por dentro de América Latina* (1971), una evaluación del movimiento cooperativo de Colombia, Ecuador y Venezuela, auspiciada por las Naciones Unidas, constituyó la experiencia inicial de este deber del analista con los hombres y mujeres que le habían proporcionado la información. Al tomar este rumbo, la mente de Fals empezó a transitar por los senderos de una tercera fase que llamó “Investigación-acción”.

### La investigación-acción

Este tipo de proyecto no cabía en la universidad; su dimensión política era evidente. El medio más adecuado eran las organizaciones políticas o los centros privados de investigación comprometidos con el cambio. Para ello creó instituciones – FUNDARCO, Punta de Lanza y Fundación Rosca de Investigación y Acción Social– a fin de captar recursos nacionales y extranjeros y asegurar sus pesquisas, sus lides sociales y su *modus vivendi*. Renunció a la Universidad y a las tareas docentes, y lo que en un principio pensó que sería una decisión temporal, se prolongó por varios años hasta convertirse en un modo de vida (Fals et al. 1986, 75). Esta tercera etapa, que comenzó en los años setenta y se prolongó hasta el final de sus días, estuvo colmada de experiencias políticas y logros intelectuales que ratifican su inquebrantable pasión por la investigación y el compromiso social.

Desde ese momento fue otro el escenario de sus fatigas. El público integrado por estudiantes y profesores fue reemplazado por campesinos, sindicatos y partidos de izquierda. Su empresa fue ahora de carácter político, científico y “subversivo”. Quería conocer para transformar la condición de pobreza de los campesinos y despertar la conciencia de los moradores de pueblos y veredas. Estos objetivos eran muy afines con la acción desarrollada por dos movimientos latinoamericanos de la época afincados en la educación y en el pensamiento de la Iglesia: la “pedagogía del oprimido” y la teología de la liberación. Todo esto le exigió modificar el lenguaje y el estilo y presentación de los informes de investigación. Los jueces de sus trabajos no serían ya los colegas de los claustros universitarios, dominados por las demandas del *paper* científico, sino hombres y mujeres con escasas habilidades escolares pero amplia experiencia en los problemas cotidianos. Si en el pasado los campesinos se ruborizaban ante la dificultad de responder las preguntas de un cuestionario, ahora el intelectual se sonrojaba ante las torpezas de sus conceptos y de sus marcos de referencia siempre estrechos para captar las vivencias del pueblo. El investigador debía ser investigado, su rol de sujeto debía trocarse en el de objeto, y aprender que el conocimiento se adquiere en una relación igualitaria con quien lo posee y tiene el deseo y la capacidad de transmitirlo. En medio de estas experiencias difundió la noción, tomada de los campesinos momposinos, de *sentipensante*, el trance de pensar-sintiendo, idea que desarrolló y tradujo a la condición del saber más acabado: el acto de “combinar la mente con el corazón”, la razón con el sentimiento.

Los frutos de estos esfuerzos se plasmaron en dos publicaciones de sabor pedagógico –*Capitalismo, hacienda y poblamiento en la Costa Atlántica* (1973 y 1975) e *Historia de la cuestión agraria en Colombia* (1975)– redactados en un lenguaje directo con ilustraciones, mapas y fotografías que ayudaban a entender los temas de estudio. Las portadas llevaban el nombre de Fals Borda, aunque él insistía en que eran trabajos colectivos fruto de un saber ventilado con campesinos, intelectuales y dirigentes de las regiones analizadas. El objetivo de los textos era claramente político: quería promover la causa de la revolución socialista en Colombia.

Entre tanto, Fals preparaba, en silencio, una investigación de gran alcance:

la *Historia doble de la Costa*. Su contacto con las organizaciones campesinas del Departamento de Córdoba, para las que había escrito los opúsculos anteriores, lo familiarizaron con la historia y la cultura del pueblo costeño, región en la que había nacido pero de la que se sentía espiritualmente alejado por su origen urbano de clase media y su educación extranjera. Su objetivo era hacer una presentación más comprensiva de la vida, luchas y formación social del norte del país. El primer tomo de la *Historia* salió en 1979 y el cuarto y último en 1986. Fue una labor persistente, continua, sin respiro, que mostró que el autor de los dos grandes libros de sociología rural de los años cincuenta todavía tenía mucho que decir y de manera novedosa y... subversiva.

Fals vivió semestres enteros en las regiones de estudio. Simpatizó con sus moradores y recorrió poblados, vecindarios, caminos y senderos que facilitaban, o facilitaron, sus intercambios

en el presente y en el pasado. El relato comienza en los tiempos precolombinos y el período colonial en la región de Mompox, para continuar con los sucesos políticos del antiguo Estado de Bolívar, centrados en la figura decimonónica del general Juan José Nieto. Luego la atención se traslada a los pueblos del río San Jorge para examinar su pasado, la mezcla de razas y las tensiones políticas y religiosas de finales del siglo XIX y comienzos del XX. La tetralogía finaliza con el “retorno a la tierra”, con las luchas agrarias de los habitantes del río Sinú en busca de la propiedad que fue suya en tiempos remotos y que les fue arrebatada por españoles y colonos venidos de otras regiones. La *Historia* es “doble” por la lógica de la presentación del material. Fals quiso innovar en el método de exposición así como en el método de investigación. Optó por una narración a dos voces: la de la página izquierda, de carácter anecdótico, coloquial y descriptivo; la de la derecha, de modulación “científica”, documental, conceptual y metodológica. La primera la llenan personajes vivos con los que el autor dialoga, y la segunda registra las fuentes, los instrumentos analíticos y las explicaciones históricas y sociológicas de los procesos aludidos por los entrevistados. Esto produce en el lector la sensación de contrapunto, de nota contra nota, de voces del pasado y del presente que discuten y rivalizan sobre los problemas que las aquejan. Todo esto viene acompañado de dibujos, mapas y fotografías que recrean la solidaridad de una cultura que a finales del siglo XX se niega a desaparecer ante el ímpetu de la violencia y la feroz arremetida del mundo urbano. En conjunto, los cuatro tomos constituyen un homenaje al pueblo costeño. Página tras página encuentra las mejores palabras para elogiar a los pobres del campo. Exalta sus lazos comunitarios, enaltece su música, sus fiestas y sus bailes, y alaba sus manifestaciones culturales de hermandad y sociabilidad inocentes expresadas en el chisme, el cotorreo, el relato y la crónica tan caras al habitante de la Costa.

Una vez terminada la *Historia doble*, Fals se entregó a formalizar los procedimientos de su estrategia, que llamó Investigación-Acción Participativa (IAP), expresión que le sirvió para recalcar que el conocimiento se adquiere y se aplica con el consentimiento de los miembros de la comunidad. La oleada de seguidores y adeptos de otros países le exigió, además, una teorización más completa de sus maneras de hacer. Se sucedieron los congresos internacionales y los simposios regionales para evaluar las experiencias nacionales y extranjeras. Con asombro halló que lo que ayer era considerada una conducta desviada en la comunidad científica, ahora parecía un estilo de trabajo en vías de normalización.

### Por las sendas de la política y de la transformación social<sup>2</sup>

Fals no fue sólo un investigador también fue un hombre de la política. Desde *La subversión en Colombia* se declaró socialista, pero un socialista muy particular, a la colombiana no exento de ribetes anarquistas. Gerardo Molina fue quien mejor lo describió. En *Las ideas socialistas en Colombia* lo llamó “socialista democrático” y defensor del “socialismo autóctono”, de un colectivismo que se nutre de las “breñas, ciénagas y montes que nuestros indígenas explotaban en forma comunitaria”. Para Fals –recuerda Molina– no hay modelos socialistas universales; a cada país le corresponde crear el suyo, y en Colombia sería una organización con amplia participación de los sectores populares

y un profundo respeto por las formas de vida local y regional. Su democracia, la participación, se afincaría en las bases, en las discusiones y acuerdos de los de “abajo”. Lo contrario, la orientación desde arriba, sería dominación y autoritarismo embozado. Ello exige un rechazo del Estado centralista, de aquella institución foránea que quiere administrarlo todo, y de un repudio a la noción de dictadura del proletariado tan cara al despotismo ruso y a la tradición marxista-leninista de los partidos comunistas de América Latina (Molina 1987, 331-334).

Su relación con el marxismo fue secundaria, pero no faltaron los acentos de admiración y aprecio. En sus textos hay alusiones y usos de Marx. A veces empleó su perspectiva analítica –el conflicto, los modos de producción y las formas sociales–, pero el autor de *El capital* nunca fue un pensador central en su formación. “No soy marxólogo”, exclamó en una ocasión (Fals ¿1985? 12). Esto le confiere a sus textos políticos cierta frescura frente a la *bibliocracia* –el poder y la gravedad del libro– de la izquierda latinoamericana, lista siempre a la postración cuando se enuncia una frase de Marx y Engels o de Lenin, Gramsci y Mao Tse-Tung. Para Fals, el marxismo constituía una tradición más que había enriquecido el desarrollo general de la sociología. Sus contribuciones hacían parte de la ciencia social, pero no eran la ciencia social.

Sus ribetes anarquistas, su mensaje libertario, evidente en la desconfianza del aparato estatal, que identificaba con el gobierno central, provenían de las enseñanzas del príncipe Kropotkin y de la obra de Gustav Landauer. De Landauer, pensador que encontró en un pasaje de *Ideología y utopía* de Karl Mannheim, tomó la noción de *topía*, el orden social existente, y su contraria, *utopía*, imágenes añoradas que una vez interiorizadas en el corazón de las masas desempeñan una función revolucionaria (ese fue el germen de su noción de subversión). Pero en Landauer había algo más: una exaltación de la vida comunal como fuente de existencia real, completa y acabada; el medio donde los individuos podían alcanzar su realización y la humanidad la felicidad. La sociedad, el Estado-nación, es una construcción artificial, lejana, extraña y sofocante; enemiga del pueblo llano. “La forma básica de la cultura socialista –indicó Landauer en su libro programático *Iniciación al socialismo*– es la asociación de las comunas económicas que trabajan independientemente y que cambian entre sí sus productos en justicia”. El socialismo es colaboración en libertad; la voluntad sin trabas para resolver las necesidades del grupo. El Estado, tal como se lo conoce, nada tiene que hacer: es un estorbo para el libre ejercicio de la cooperación. Para reemplazarlo hay que volver a la vieja acepción de la palabra *república*, “la cosa del bien de todos”, y rescatar el significado original de *anarquía*: “el orden por las asociaciones de voluntariedad” (Landauer 1947, 184).

Estos mensajes nutrieron al último Fals, al Fals militante, al veterano sociólogo comprometido con banderías, partidos y facciones de la balcanizada izquierda colombiana. Apoyó el Frente Unido de Camilo Torres, después al Movimiento Firmes de su admirado Gerardo Molina y al final al Polo Democrático, una federación de grupos de oposición que lo eligió presidente honorario. Sus ideas políticas no son fáciles de resumir; presentan matices tan variados y delicados que apenas es posible formarse una imagen de su contenido y alcance. En sus textos programáticos los hechos se mezclan con la emoción y el

sentimiento y los conceptos no están bien definidos. El apego y devoción por los “humildes”, una categoría con carga religiosa, y su sincera e incuestionable entrega a los campesinos, ganan terreno ante el razonamiento pausado y frío del estratega que pasa largas horas de meditación y estudio. Además, algunas de sus reformas están lejos de lo posible por su utopismo y romanticismo desenfrenados. Ante ellas el crítico no está seguro de si todavía permanece en la esfera de lo político o si se ha desplazado al terreno de las demandas del corazón lejos de la razón.

Hay que regresar –dice– a la tierra, a las raíces de nuestros pueblos originarios como el zenú, ajenos a la violencia y emparentados con la unión, la ayuda y el brazo *presta*. Nuestro socialismo sólo tomará aliento siguiendo el patrón de las antiguas instituciones cooperativas plenas de altruismo y solidaridad comunal, como el *ayllu* y la *minga*, aunados a la comprensión y respeto por la naturaleza. Esta fuente primigenia se ha perdido en nuestros días, pero aún respira en la generosidad de los pueblos no contaminados por el egoísmo, la competencia y la altivez de la cultura urbana. A esto se suma el hecho de que Colombia es, desde tiempos inmemoriales, un país con vocación agraria. Recuperar esta disposición natural significa poner de nuevo la agricultura en el centro de atención y, tras ella, una política de producción de alimentos dirigida a toda la población. Buscar otra vía es ensayar en el vacío y caer en la estéril y despótica imitación de lecciones foráneas que poco o nada tienen que ver con nuestros problemas. Toda nación digna de respeto –recalcó– no se hace importando o plagiando a otros pueblos, sino aprovechando creativamente lo que mora en sus entrañas. Hay que frenar el euroamericanismo, la copia servil de Europa y Estados Unidos, calco que ha resultado en funesto colonialismo intelectual y en un complejo de inferioridad que mutila lo mejor de la inteligencia nacional.

Aunque Fals consideró el Estado central como un obstáculo, no fue, sin embargo, un anarquista radical en asuntos estatales. Su mente era la del libertario mesurado, la del estratega que buscaba reformar el Estado, no arrasarlo. Abogaba por una Segunda República, una “República regional-unitaria” integrada por una docena de Estados con autonomía para la gestión económica, social y política. Al describirla la llamó “nación posmoderna, descentralizada y autónoma, inspirada en principios socialistas y ecológicos”. Su objetivo inmediato era recuperar “las libertades y ventajas que nuestros antepasados gozaban en sus comunidades cuando los golpeó la violencia originada en cúpulas ciudadanas”. La primera República, aquélla que se debía superar, creada por los héroes de la Independencia, gobernó a los colombianos con sucesivos fracasos durante los siglos XIX y XX, y ahora está agotada y en franca crisis. Detrás de la voz “unitaria” estaba la idea de conservar la nación como ente compacto e indiviso. No es claro qué funciones tendría el organismo encargado de cumplir esta operación de integración y aglutinamiento. Su teoría del Estado es bastante borrosa. De todas formas, su exposición alude a un organismo laxo encargado de articular las tareas de la nación “regionalizada, provincializada y municipalizada”. El poder vendría sin duda de abajo, de los labriegos como núcleo básico, y la institución central encargada de unir estas voluntades tendría como tarea conjugar, sin hegemonías ni atropellos, los intereses de las regiones libremente asociadas.

La noción de comunidad como ente deliberativo no es clara en Fals, pero su empleo sugiere que se refería a los ciudadanos de una localidad reunidos directamente para discutir y decidir sobre sus problemas. Era la democracia directa, sin intermediarios; la democracia de los antiguos; aquélla de la ciudad griega del siglo V que en su tiempo buscó Rousseau para su amada Ginebra. La comunidad, el entorno donde imperan las relaciones cara a cara, lo es todo. Es la unidad primaria, la fuente primigenia de la “nación posmoderna”. Al asociarse con otras comunidades por intercambios económicos, por afinidades culturales y por compartir un pasado común, forman una región, y éstas, reunidas, la federación nacional.

En un programa de tales características no podía faltar una reflexión sobre la ciudad. Sabía que los centros urbanos albergaban el 70% de la población, y que a ellos había que volver la mirada para organizar los proyectos de transformación y cambio. Señaló que el crecimiento desmesurado de las capitales promovió un desequilibrio geopolítico mediante el cual Colombia dejó de ser “el arcádico país que era”. La situación se había hecho insostenible; era urgente detener el gigantismo de las urbes. Había que frenar la expansión de Bogotá antes de que se “calcite y se pavimente toda la Sabana”. Un retorno a la tierra para disminuir la población urbana al menos en un 50% era la prioridad del momento. Para iniciar esta tarea sin traumatismos, se debían crear contenedores demográficos –ciudades intermedias y pequeños municipios– que albergaran núcleos de población manejables. El paso siguiente, tal vez una generación más adelante, sería rescatar la tierra en su plenitud. Hoy tenemos, sin embargo, un contingente de colombianos que podría acelerar este proceso y mostrar, con su modelo, las bondades del plan. Hay que organizar el regreso de los casi tres millones de desplazados de la violencia a sus lugares de origen. Ello exige una pronta y eficaz reforma agraria: la entrega de los latifundios de ganadería extensiva y de tierras subutilizadas a los campesinos que las saben trabajar y explotar de manera racional y adecuada. Esta sería, además, la estrategia más expedita para emprender un plan integral de paz y dar cumplimiento a “los principios socialistas humanitaristas y ecológicos”.

Para Fals, los campesinos eran un grupo colaborador y sincero, esencialmente pacífico y respetuoso de la naturaleza. Así lo indicaban sus tradiciones de solidaridad y mano prestada. Los costeños, sobre todo, son de “personalidad informal, franca, hospitalaria y generosa”. Cuando surgen tensiones en sus pueblos, los enfrentamientos toman la coloración del puño y el chisme, nunca la del fusil o la de la repudiable delación que termina en el asesinato. La violencia, el flagelo, el hostigamiento y la intimidación vienen de afuera, del Estado central, de terratenientes ambiciosos, de pactos endemoniados entre la clase dirigente y el capitalismo salvaje animado por feroces intereses individualistas.

Con estas estrategias era difícil hacer política y guiar la labor de un partido de masas, como el Polo Democrático, cuya base electoral se encontraba en las ciudades. Sus colegas parecían tolerarlo, ya que detrás de aquellas propuestas estaba el científico de renombre que daba prestigio a la organización. Para ellos las ideas del profesor tenían el sabor de algo remoto, de un plan que sólo tendría éxito cuando el mundo rural combinara lo mejor de la ciudad con las excelencias del campo. La ciudad, a pesar de

sus agobios, todavía era muy atractiva para sus habitantes y para los pobladores del campo. Los jóvenes aldeanos de ambos sexos que conocieron la escuela y las habilidades del alfabetismo ven en ella la imagen del cambio, de la novedad y del “progreso” personal: trabajo, independencia, movilidad social y mayores oportunidades educativas. Las áreas rurales, en cambio, les ofrecen una rutina opresora, ocupaciones deleznable, bajos ingresos, dependencia patriarcal y un paisaje con estómago vacío. Ante esta opción prefieren, como recordaba Weber a propósito de los campesinos del este del Elba, “respirar el aire viciado pero socialmente más libre de la ciudad” (Weber 1972, 466). Es verdad que muchos de los desplazados por la violencia gimen por sus antiguos pagos, especialmente los propietarios. Para este contingente de colombianos la ciudad no ha sido una elección autónoma. Su vida, sus amigos, sus pertenencias están en el campo.

El programa de Fals tiene, además, el sabor de la recuperación de una Arcadia perdida que se fue de las manos de los colombianos por la acción inconsulta de sus gobernantes. A sus palabras las anima una fantástica imprecación contra el caos de la gran ciudad y la descomposición de pueblos y aldeas ayer luminosos y hoy apagados. Con ímpetu romántico imaginó un pasado feliz que le sirvió para dibujar el desespero del presente. Exaltó una edad de oro para tejer el mito del calor comunitario, de la solidaridad de grupos unidos por la simpatía y el afecto. No concebía al individuo sin la solidaridad del vecindario. Su interés no era la libertad individual sino la independencia de las

comunidades. Desconfiaba de la metrópolis y no estaba seguro de que “el aire de la ciudad libere”. No veía en ella la posibilidad de los intercambios calurosos, y menos todavía el clima de armonía, fraternidad y apoyo. La pretendida libertad individual de la gran ciudad no era para él más que soledad, ostracismo, abatimiento y tristeza.

De Orlando Fals Borda nos quedan muchas cosas. Sus libros, en primer lugar. Si expulsamos sus obras de la historia de la sociología del país, queda un erial, un conjunto de trabajos pálidos que apenas llenan los requisitos de la investigación teórica y empíricamente relevantes. En segundo lugar, su habilidad administrativo-académica. Si el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional no hubiese contado con su carisma y su capacidad organizativa para captar recursos materiales y humanos, su desenvolvimiento no hubiera alcanzado el liderazgo de la formación de sociólogos que le fue característico. En tercer lugar, su permanente auxilio a los jóvenes investigadores. Los que fuimos sus discípulos en los ahora lejanos años sesenta del siglo XX, sabemos que siempre estuvo atento a impulsar nuestros trabajos y a criticar y mejorar sus resultados. En cuarto lugar, animó un compromiso del intelectual con los problemas del país y llamó la atención de los investigadores por la elección y examen de temáticas socialmente significativas. Y, finalmente, pero no por ello menos importante, su experiencia pública. En las deliberaciones de su Partido fue incansable en recordarle al político profesional que los objetivos básicos de la lucha por el poder son la justicia, la equidad y la democracia.

## Notas

<sup>1</sup> Condensación de un trabajo más extenso sobre la obra de Orlando Fals Borda publicado por la *Revista de Economía Institucional* (nro. 19, Bogotá, 2008). El autor agradece la asistencia editorial de los profesores Michael Palencia-Roth y Herbert Braun.

<sup>2</sup> La exposición de las transformaciones pregonadas por Fals se basa en los materiales compilados en *Ante la crisis del país: ideas-acción para el cambio* (Bogotá: El Áncora Editores, 2003).

## Obras citadas

- Fals Borda, Orlando. “La crisis social y la orientación sociológica: una réplica”, *Aportes* 13(1969)62-76.
- . *Ante la crisis del país: ideas-acción para el cambio*. Bogotá: El Áncora Editores, 2003.
- . et al. *El marxismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, ¿1985?
- . et al. *Investigación acción participativa en Colombia*. Bogotá: Punta de Lanza y Foro Nacional por Colombia, 1986.
- Landauer, Gustav. *Iniciación al socialismo*. Buenos Aires: Americalee, 1947.
- Mannheim, Karl *Ideología y utopía*. Madrid: Aguilar, 1958.
- Misión Economía y Humanismo. *Estudio sobre las condiciones del desarrollo de Colombia*. Bogotá: Cromos, 1958.
- Molina, Gerardo. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1987.
- Nelson, L. *Rural Sociology*. New York: American Book Company, 1948.
- Sartre, Jean Paul. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada, 1950.
- Smith, Thomas Lynn.; J. Díaz R. y L. R. García. *Tabio: estudio de la organización social rural*. Bogotá: Minerva, 1944.
- Weber, Max. *Ensayos de sociología contemporánea*. Barcelona: Martínez Roca, 1972.